

Magia

Año Desconocido- Después del destierro de Nightmare

Con complacencia y ostentosa solemnidad los observa desde el balcón de su castillo, y no sentía nada. En algún pasado se preocupó por ellos, por todos y cada uno de esos seres que pululaban por las calles y caminos de esa ostentosa y gloriosa ciudad, si, algún tiempo atrás aún tenía alma.

Se percataba de su propia presencia, y estaba consciente de su existencia, pero más allá de eso y sus recuerdos, ella misma no tenía pruebas de si tan siquiera seguía con vida. No era por nada, pues la propia somnolencia de sus malogrados sentimientos, mitigados por los milenios, había ensordecido muchas cosas en su interior, pues, aunque por simple lógica sabía que su corazón debería seguir bombeando líquido vital a través de sus venas, lo cierto es que hacía mucho no sentía su rítmico latido.

No porque no se detuviera a meditar por un instante en él, pues muchas veces se encontraba en silencio sentada en su trono, sin pensar, mientras de manera instintiva se concentraba en su propio lugar en el espacio. Sentía sus pulmones llenarse de aire, escuchaba el suave roce de su piel contra la cómoda tela de aquel glorioso asiento que era símbolo de su poder y autoridad, incluso si sólo se hubiera concentrado un poco más, podría sentir como cada uno de los cabellos de su cuerpo crecían poco a poco. Pero nada expresaba su pecho, este estaba mudo e inmóvil. Y cada vez que se encontraba a sí misma en esa posición lo entendía un poco más.

Estaba muerta, no en un sentido que cualquier mortal comprendería, pues estaba allí, respirando, comiendo, bebiendo... reinando. No, no en ese sentido vacuo y esperanzador, pues ella en más de una ocasión se encontraba fantaseando con el vacío, pensando que quizás algún dios bondadoso creó alguna residencia para su espíritu y el de todos a quienes alguna vez existieron pero fueron olvidados por las crueles y cínicas páginas de la historia. Pero, aun si aquello fuera cierto, si todos a quienes alguna vez amó estuvieran en algún lugar riendo y viviendo más allá de la propia muerte en la eterna paz de una fe sin pruebas, luego comprendía la imperante verdad.

Y la verdad es que aquello no importaría. Los mortales podían llorar, reír, alegrarse u horrorizarse ante la perspectiva de la muerte, pero siempre tendrían cierta esperanza de que nunca terminaría todo, de que algo habría más allá, pero

esa cuestión no le incumbía, pues en su nueva naturaleza inmortal y casi divina, hallaba la más terrible de las maldiciones. La maldición de existir.

Sus recuerdos no valían nada, pues su extremadamente larga vida implicaba tantos sucesos que temía que al intentar recordarlos todos, estos se mezclaran y se corrompieran, formando algo peor que la completa inmortalidad, vivir en las fantasiosas mentiras creadas por su propia psique.

Pero aún con ello se atrevía de vez en cuando a observar los retratos, por cortos instantes, de quienes, ella creía, fueron las otras almas que la acompañaron en su juventud. Risa, honestidad, bondad, generosidad, lealtad... y faltaba algo más. Algo que se le olvidaba todo el tiempo... magia.

Lo recordaba y maldecía entre dientes con la única sensación que aún podía sentir de vez en cuando y que sólo irritaba su existencia; fría ira. Maldecía aquellos artefactos, maldecía aquellas dulces palabras que para su pueblo lo representaban todo. Y por sobre todo, se maldecía a sí misma, con la esperanza de que algún espíritu oscuro la escuchara y su propia lengua fuera la hoz con la que este segaría su tortuosa existencia.

La princesa de la luna fue encerrada mil años en su astro, y sentía rencor, ambición, anhelaba venganza. La princesa del sol durante ese tiempo fue consumida por la tristeza, la desesperación y la soledad, mientras todos a su alrededor la adoraban y sus amigos íntimos la consolaban. La princesa del amor mantenía con vida el recuerdo de su amado esposo junto con su preciada hija, juntas por la eternidad.

Pero ella no tenía a nadie. Ningún hombre en el que llorar, ninguna ambición por la que continuar soportando, ni ningún amor por el que mantenerse esperanzada. No, uno a uno todos a quienes amaba profundamente murieron de manera egoísta, llevándose pedazo a pedazo su alma al sepulcro.

Pero aun siendo joven sentía algo, aun cuando la última prueba y ancla de los recuerdos sobre su mortalidad pereció, un pequeño dragón que llegó a convertirse en el guardián de todo su reino, viéndolo desplomar por la vejez luego de todos esos miles de milenios. Aún en ese tiempo se consideraba joven, pues aún podía sentir algo. Se atreve a recordar con detalle los días enteros por los que lloraba por él, golpeándose en el pecho, rezando a algún dios, si había, que cuidara de su protegido, y que le recordara que lo amaba como si fuera su propio hijo.

Pero nunca hubo respuesta ni milagro, solo un silencio sepulcral.

Quizás sus compañeras inmortales la consolarían, pensaron sus consejeros en aquella lejana época. Pero no. Todas sintieron la pérdida de sus amados y de sus amigos, sí, pero ninguna podría imaginarse lo que sería perder a su propio hijo. Lo consideraba como tal pues fue ella quien le otorgó la vida y fue ella quien lo crió desde que salió de aquel cascarón. Le guio, le educó, lo alimentó y protegió durante toda su vida... incluido su ominoso final.

La princesa del amor conocía el inmenso amor que cualquiera podría sentir por un hijo, pero jamás conocería el dolor de su pérdida, incluso ni siquiera podría imaginarlo, pues aquella perspectiva le quitaría el sueño durante eones en turbulentas pesadillas, aún más que todas las que tuvo alguna vez ante la pérdida de su amado príncipe.

Pero vuelve al presente, maldiciéndose a sí misma. Cualquiera más podría haber ocupado su lugar si tan solo hubiera ignorado el llamado de aquellos poderosos artefactos. Pero no. Claramente amaba a sus compañeras, con las que pasó la parte más gratificante de su vida mortal, nunca habría cambiado aquellas vivencias, ni siquiera por todos los libros del mundo. Pero en el fondo sentía tal fascinación por el mismo poder que le otorgó la vida eterna que quizás, solo quizás, aquella potente ambición sería lo que la movió aún más que proteger sus tierras y a sus amados.

Madre, padre, hermano, amigos.... Su propio hijo. Se fueron y nunca regresarían, y no existía hombro lo suficientemente firme como para soportar sus lágrimas ni arma tan potente como para acabar con su vida.

No existía tal magia como los milagros, nunca regresarían ni podría volver a ver aquellos por los que decidió encaminarse por aquellas sendas oscuras y solitarias. Pensó en protegerlos, pero junto con ello se condenó a sí misma. Y al final ¿De qué valieron sus estudios? ¿Qué significaba todo el poder del mundo sin el amor de quienes le importaban? Por lo que la única opción que le quedaba fue la de dejar perecer su espíritu.

Desde ese momento su reinado alcanzó un nuevo nivel de gloria. El orden y la paz jamás volvieron a correr peligro. Fría justicia descansaba sobre la corona en su cabeza, y cada nueva bestia era erradicada de la existencia. Nada de oportunidades, ninguna corrección ni esperanza, pues la simple idea de descansar eternamente era suficiente piedad contra los enemigos de su reino.

Su poder solo acrecentó hasta el punto de volver sus leales alumnas a las propias princesas que alguna vez le brindaron instrucción, y su gobierno de orden y fría homogeneidad se extendió por cada segmento del mundo bajo una bandera sin

estandarte ni escudo, una bandera, no tejida con tela, sino con el espíritu muerto de ella misma.

Nunca llegó a ser comparada con nada ni nadie, pues su energía y magia superaron a todo y a todos. Y ese glorioso reino siguió creciendo y haciéndose cada vez más poderoso bajo el gobierno de esta diosa sin alma, y continuó así, por los siglos de los siglos, hasta que el tiempo no fuera más.

O al menos debió de ser así hasta la aparición de él... el rey changeling.